

**EL DESATE DE LA FURIA  
DE MI RAGIOCINIO**



LEANDRO MCCLAUSS

Editado en el mundo virtual

© 2014 Leandro McClauss

Todos los derechos reservados.

Safe Creative Code: 1406021162373

## **AGRADECIMIENTOS**

*A la persona que representó un ser importante en mi vida que ya dejó de existir, causa de la cual me hizo vivir esta experiencia inigualable y dolorosa. Siendo responsable mi hermano en borrar mis recuerdos con la intención de seguir mi camino presente.*

*Mi gran amigo Kurt, quien ha estado en todas las circunstancias tanto buenas y malas, ha sabido ofrecerme su mano y sostenerme sin ninguna exigencia.*

*A mi esposa Kerstin, quien en realidad tuvo que darme espacio para realizar mis desvirtudes necesarias de mi raciocinio, en un desfogue de valencias. Ella por aguantar en todo y por dejarme pertenecer en su universo íntimo.*

*Ella; sus estrellas, sus pensamientos, sus perversiones, hacen mi estado más turbulento y exótico.*

La carne ahumada que afligía en el interior de los escombros derretidos, el fuego inexorable quemaba una casa frente a mí. Una de mis manos mantenía aún una pequeña flama mansa, mi sonrisa ladeada y fría no rechistaba al ambiente sofocante, aunque mi cuerpo seguía retorcido del calvario. Lo que no se veía, era mi otra mano llena de líquido carmel, la propia y de seres extinguidos. Me hallaba de rodillas, aturdido del desastre que había efectuado. No tenía interés de ser un redentor, pues había agotado vidas a mi deseo codicioso. Las llamas, tenían su conforme fuerza carbonizando todo lo que se topara; el viento era otro factor que había llevado a cabo el plan. En estos momentos, mi mente era una borrasca, que con el intervalo de los minutos alcanzaba potencia y no se excluía. Quería desterrar la congestión de mi cólera soberbia. Llegué hasta la carretera y me lancé al suelo mirando al cielo con dificultad, mi cuerpo tenía una congoja iracunda. La esencia de mi ente maligno tardó en aliviarme, mientras tanto aguantaba los pinchazos.

[Unas horas antes]

Respiré una vez más, recogiendo el aroma pestífero de la zona. La naturaleza no tenía esos estragos míos, no hacía daño a ella. La amaba. Por suerte, era una casa lejos de la muchedumbre urbana. Tenía la sed de acabar las vidas que se me cruzaran. Todas las fibras íntimas de mi ser se encontraban dilatadas. «*No tenía control, desatando la furia bestial de mi raciocinio...*». Mi mente hablaba en voz gutural, la mía estaba seca. Había tomado con sensatez, el espacio hacia las personas tan trascendentales de mi existencia. El lugar desolado olía a muerte inesperada, mi mirada se apagaba dejando la sensación sombría en los ojos. Un vacío desesperante. Ni el corazón tenía la enorme fuerza de anclarme aquí para no ir a otro lugar y acabar más objetividades. No escuché a nadie antes de venir...

El panorama era solemne, las luces internas que se colaban tras unas cortinas pálidas. La noche era una oportunidad perfecta para ejecutar el plan. Lamiendo mis labios di un par de pasos, tras haberme estacionado a unos cuantos metros. Ni siquiera había optado por el transporte más fácil, mis

brumas negruzcas. Pronto escuché unas risas y voces, había femeninos y masculinos. Pero también escuché palabras infantiles. Mi ceño lo arrugué, niños. No disimulé un disgusto en mi rostro de que hubiere allí. Cada lógica se iba entañando en mi mente y en mi cuerpo, flagelándose enseguida, era una tortura lenta. Un sonido me sacó de la ensoñación sacando el celular rechistando en voz vacía. Miré la pantalla que se alumbraba intermitente, era un mensaje. Lo ojeé y no di importancia. Una necesidad extrema del club nocturno. Por hoy no tenía deseos de asistir, o me embriagaría hasta perder conciencia. Guardé el aparato en el bolsillo interno del abrigo de sastrero.

Desde la empresa que tenía enormes responsabilidades, me había tomado el insulto de viajar en camioneta lejos de la ciudad. Por los límites que manejaba en el carril izquierdo, viajaba a 93 millas por hora, la canción que se esparcía dentro de la cabina de la camioneta, causaba desvergüenza en mí. Era exactamente lo que me sucedía. Canté un trozo de la canción con antipatía desde mi mente. Me encontraba sereno y pacífico, pero la sensación que mostraba era sublime y gélida. «*Waiting for the end to come. Wishing I had strength to stand. This is not what I had planned. It's out of my control. Flying at the speed of light. Thoughts were spinning in my head. So many things were left unsaid. It's hard to let you go...*» La noche me daba la bienvenida, se asomaba por el parabrisas, siendo la intención de alejarme de todos. No había luna; buena señal. Sí, la noche anterior había hablado con mi esposa, donde mencionaba con delicadeza sobre un espacio para mí. Prácticamente era con todos. Me haría sordo y ciego temporalmente. La penumbra débil se asomaba por entre los árboles, en la medida que daba control en la cabrilla manejando. Me alejaba de la ciudad, yendo a buscar desfogue de mi irracionalidad. Tenía todo calculado intachablemente.

Estaba frente a una ventana, nadie me veía siendo la causa enorme de morbosidad dentro de mí. «*¿Dentro de mí había humanidad?*». No, la había apagado. Mi demonio, estaba bailando en su festín al ver qué haría. Él sabía qué me sucedía. «*Perdí la noción de la estación y de mi camino propio...*» Agudicé mis oídos escuchando las conversaciones, ya no importaba lo que hablaran o dieran algún asunto pendiente. Extendí mis alas, quería sorpresa. Deseaba alimentarme de sus miedos y sus reacciones al verme. Quizá ni tendría la expresión que tomaba cautelosamente día a día. «*¿Había sentido*

*mis emociones reprimidas?»*. Estaba por averiguarlo en un rato. Caminé sigilosamente por alrededor de la casa, quería ver cuántas personas había. Me sentía un hombre vehemente al acecho o eso era lo que reflejaba al menos. Ventanas tras ventanas que había en todos los muros, por una de ellas me quedé vislumbrando lo que había en la habitación. Era una de infantes. Los colores eran rosados y azules. Supondría que habría una niña y un niño por la conclusión ante las camas. Hice una mueca de desagrado negando para mis adentros.

Al otro lado de la casa, había dos habitaciones inmensas. Cada una con camas matrimoniales, totalmente arregladas y elegantes. No había pobreza en el enlace material con ellos, tampoco era lo fino o extravagante, más o menos recogí la información procesándola así. Terminé de dar la vuelta, llegando a sentir la concentración de voces en un lugar exacto. Era la sala. Acaté la voz gruesa y del mando en el círculo familiar.

— ¿Qué proponen para esta noche?- La voz del hombre era tranquila pero exigente.

Una voz femenina le acompañó enseguida. Se mostraba perseverante. Su rostro cincelado y de color canela. Lo atractivo eran sus ojos, grandes de un color verde.

— Ofrezco que juguemos una partida de monopolio. Esta vez podríamos ganarle a papá.- Ella sonrió hacia el señor con sus años impregnados en él desde su frente.

Contraje mi ceño y comprendí que era su padre junto con su madre. Suspiré bufando bajo. Pero, aquí no se acababa la diversión. Prácticamente dos por tres. Tres parejas. Me moví con sigilo yendo hasta la ventana frontal de la casa. Grande e inmensa. Allí estaba el grupo, la sala. Me alejé a unos metros no tan lejos recogiendo una piedra grande pero capaz de poder proyectarla. *«Cómo un niño travieso»*. Sonreí curvando una comisura de mis labios, jugué arrojándola levemente por el aire hacia arriba, entre tanto cavilaba qué haría de sorpresa. No tenía pasado, no sabía si tuviese padres o familia de sangre. Todo de mí era totalmente lejano a ello, prefería la que había creado y cuidaba con recelo. Con fuerza, tomando una posición medio inclinada, como

si fuese a lanzar la pelota dentro de un campo de béisbol siendo el lanzador. La piedra salió disparada hacia la ventana. Mordí mi labio, se había convertido en un juego para mí. La piedra sería dar una alerta y reabsorber sus pavores y alteraciones. Debía controlar la luz exterior para que no funcionara si buscaban mirar hacia afuera. El tumulto y los gritos se lanzaron adentro, una vez la ventana fue quebrada por la piedra. Los trozos del cristalino dieron a lugar generando ruidos elegantes para mis tímpanos, el reguero que había adentro y la sospecha de ellos hacia mí, pero lo más bueno era que no podían ver nada afuera. No existía luna, no había iluminación exterior, pues me había encargado de esto.

Las alas negras de mi cuerpo brotaron desde mi espalda, imponentes y altaneras. Erguidas y espeluznantes. Mientras uno de los integrantes corrió a buscar auxilio o hacia el interior de la casa, me iba acercando. «*¿Me vería en los ojos de cada individuo?*». De nuevo, la voz de mi conciencia trastabillaba dentro de mí. Pude cerrarla y apaciguar toda emoción humana. Ahora era un depredador y perverso con el ente maligno a flor. Mis pasos fueron seguros, calmados y con una sonrisa impávida en mi rostro. La reunión se acumuló hacia una esquina de la casa buscando refugio. Lo gracioso era que no podían irse de aquí, el control estaba expuesto de mí al tenerlos privados desde ventanas y puertas. El haber recorrido toda la casa, había tenido una función y era de encerrarlos. Llegué hasta la puerta, mientras escuchaba la titilación de cada mente. Estaban llenos de pánicos, era la maestría natural de un ser humano paralizado. La abrí y entré como si fuese un invitado más. Hacia el interior estaba la cocina, supondría que allí estarían. Entrecerré mis ojos y cerré la puerta tras de mí bruscamente. Los murmullos se sentían en el ambiente. «*¿Acaso era que oraban para que los salvaran?*» Yo tenía la faceta de ambos lados, pero hoy tenía la brutalidad excedente de mi malicia. Caminé despacio, mientras alternaba en mis manos el fuego que creé. Susurré en voz trémula.

— ¿Por qué hacen esto? Nadie viene por ustedes...- Después de pronunciar, esto era más intrigante.

Antes de llegar al punto estratégico, con mis manos había pasado por cada pared, el fuego. Debía ser lento, como deseaba. Llegué a la cocina. Sólo

encontré tres personas. Chasqueé con mi lengua, observé sus rostros pasmados, era la mamá, el papá y la señora. Pensé enseguida que el señor estaría escondiendo los hijos. Respiré profundamente antes de alterarme.

— ¿Dónde está su esposo?- Fijé mi vista exactamente hacia la señora. Tenía su expresión crispada y miedosa.

Apenas lanzó un susurro inentendible en quejidos. Supondría que era por mis alas que nunca habían visto en alguien con ellas. Todos se abrazaban en sí.

— ¿Dónde está su esposo?- Hablé con fiereza la pregunta, sin dejar de mirarle. Apenas alcé las esquinas de mis cejas esperando su respuesta.

Volvió a hablar sin voz, no le entendía absolutamente nada. Mi entrecejo se intensificó en arrugas. Aquella señora me estaba agotando la paciencia.

— ¡Carajo! Necesito una respuesta ya, ahora mismo.- Mencioné enseguida dándole otra oportunidad más.

— No sé dónde está. ¿Quién es usted? Y... ¿por qué...?- Tragó pesado y habló mejor. — ¿Lleva alas...?- Indicó con valentía, pero en su interior se veía excitada, colmada de adrenalina.

Pensé porqué tenía su aura en color rojo brillante, intenso y poderoso. Aprecié un instante que era por la lujuria que rondaba dentro de mí y ella lo estaba captando sin querer. «*Gracias a Asmodeo, por los infiernos*». Unos minutos antes había apagado la flama en mi mano, ya luego daría un espectáculo. Acerqué una hacia ella incitándole. Era como el cantar de la sirena para los fisgones. Sin dudar en ella, ascendió su mano y la acomodó sobre la mía. Era delicada y fresca, es lo que más o menos había analizado. Le atraje a mí y giré su cuerpo pegando su espalda a mi pecho. Abracé su vientre y le pegué hacia el borde de la mesa para que no intentara con sus piernas. Inhalé su aroma e hice un mohín, nunca como mi esposa. Tiré su cabello hacia atrás, ante los ruegos de los padres de ella. Alcé mis ojos fijando en la pareja anciana. Se encontraban abrazados, intenté buscar alguna señal del esposo y sus niños, no había nada salvo los latidos rítmicos de los tres más el mío. Susurré hacia ella forzando su actitud para conmigo.



— No intente hacer nada, si es sensata conmigo. No haré daño... Debe desnudarse ante sus padres y bailar.- Ella ahogó un gemido tirando su cabeza de mi mano empuñada con sus cabellos.

— No me pida eso... S-señor... ¡Por favor!- Pidió con ruego, entendería que sería una vergüenza.

Al fin al cabo, esta diversión se agotaría para mi placer. Tiré sus cabellos más hacia atrás suyo que ella tambaleaba pegándose a mí. Ella buscaba estabilidad pero no podía. Llevé mi mano a su cuello encerrándola totalmente.

— No hay peros, sino quiere ser lastimada.- Mencioné con voz tranquila pero alerta en los movimientos de ambos ancianos.

Le empujé adelante, había el espacio necesario mientras me sentaba en uno de los taburetes. Crucé mis brazos sobre la mesa en mármol perfectamente acabado. No había borrado mi sonrisa por jugar con depravación ante ellos, lamiendo mis labios empapándolos. Tarde o temprano debía aparecer el esposo de esta mujer. Lentamente la mujer de piel morena, con sus cabellos lacios y en color azabache se veía estremecida. Llevaba una blusa blanca, y su sujetador de color beige. Una falda que entubaba perfectamente sus caderas y muslos. A decir, estaba bien hecha. Sus padres al frente de ella, permanecían juntos y abrazados, las lágrimas no dejaban de salir por sus ojos. Aún seguía alimentándome de esas tiernas sensaciones entre tristeza, degradación y más aún la obscenidad en donde tenían que enfrentarse. La morena todavía llevaba la falda, estaba desnuda de su torso pero no me daba este tipo de placer para cogérmela. Era otro tipo de depravación en mí, ver cómo actuarían entre sí. La pareja de tercera edad, también eran morenos y sumamente recatados. Eso sí, religiosos, porque parloteaban en voz baja unas plegarias.

Al fin llegó la parte más divertida, fuera falda y tanga. Sin zapatos, había susurrado con voz firme. Estaba lista ella pero su tembleque no la dejaba moverse con naturalidad. Desprendí más de mi energía lujuriosa para que se abriera y me diera la complacencia de mi petición. Más segundos pasaron y se desinhibió delante de ellos, su baile se volvió erótico mas no para mí

gusto. Las alas las había llevado atrás uniéndolas. Apreciando el desenvolvimiento pude ver que los padres todavía estaban renitentes a recibir el brío. Pensé porque no gozaban de esto; mas no había un goce en sus miradas. El brillo de sus ojos estaba extinguido. Me levanté yendo a la mujer y le agarré sus cabellos forzosamente. Los alaridos de la morena se pusieron tan asfixiantes que iba gritando por todo el pasillo. Sacudí su cuerpo para lanzarlo hacia el centro de la sala, sobre la mesa baja. La suerte estaba de mi lado, que los vidrios habían hecho efecto en su espalda. Sus lloriqueos eran insistentes. Busqué con mis ojos donde estaría el señor, no estaba por ninguna habitación que esculcaba en cada una de ellas. Desolación, era lo que había aquí. Con cada desfogue mío iba lanzando fuego para quemar en medio de mis manos por las paredes. Trasladándome a la cocina aún estaba la pareja anciana y fruncí mi entrecejo.

— Par de estúpidos. ¡Qué! No se mueven de ahí...- Expresé con rabia iracunda, no había ningún estímulo para moverse de donde estaban.

Pensé unos segundos, mientras actuaba moviendo las cosas en la mesa y algo del tablón de su lugar, yendo al suelo. Algunos se quebrataron y produjeron ruidos hacia ellos. El anciano le titiló el ojo y de su voz se desprendió un susurro moribundo.

— Eres el mal aquí, nosotros no tenemos tantos años para vivir. ¿Por qué no nos caduca y deja en paz a nuestra hija, su esposo y nuestros nietos?- Apenas enarqué una ceja negando.

— No doy tregua, caballero.- Terminé de musitar. Su mirada no cambiaba, no había nada en ellos salvo la esperanza.

Tan pronto pude llevé mi mano hacia su cuello, la otra fue perspicaz agarrando los cabellos de la anciana y le hice arquear su espalda para arrodillarse frente a mí. Estaban siendo seducidos por mí, que no tenían ímpetus para salir de la obnubilación. Carcajeé con indiferencia, él hacía una mueca y se reparaba pavor en su atisbo. Aprisioné su cuello estrangulándolo mientras mis alas se movían agitándolas, lograba tumbar algunas ollas colgadas, pues aquellas eran largas. Arrastraban cualquier objeto lejos de aquí. Pegué mi boca hacia los suyos sin rozar y engullí su aliento en mí. Dejó

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

